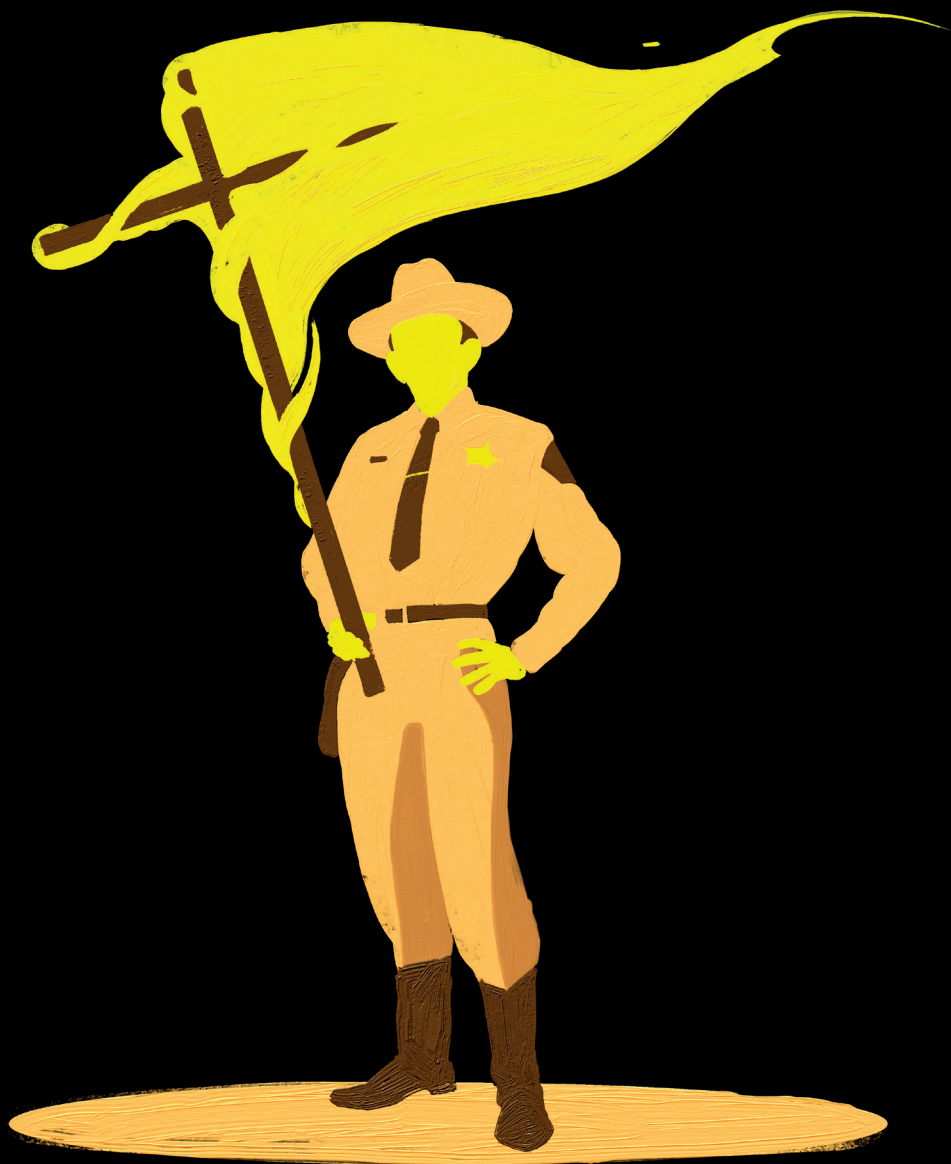


JAMES BALDWIN  
Al encuentro del hombre

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS CATALÁN

narrativasextopiso



# Al encuentro del hombre

JAMES BALDWIN

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS CATALÁN



sextopiso

Para Beauford Delaney

## ÍNDICE

El montón de rocas	11
La excursión	23
El hombre niño	53
Condición previa	75
El blues de Sonny	95
Esta mañana, esta tarde, tan pronto	135
Al salir del desierto	185
Al encuentro del hombre	215

## EL MONTÓN DE ROCAS

Al otro lado de la calle, en un solar vacío entre dos casas, se alzaba el montón de rocas. Resultaba extraño encontrarse una masa de roca natural surgiendo del suelo en semejante sitio; alguien, probablemente la tía Florence, les había contado una vez que la roca no se podía quitar de allí porque sin ella los vagones del metro descarrilarían y matarían a todo el mundo. Aquello, que sin duda tenía que ver con algún misterio natural relacionado con la superficie y el centro de la tierra, era una explicación demasiado fascinante como para ponerla en duda, y le confería al montón de rocas, por otro lado, una importancia tan misteriosa que Roy sentía que jugar allí era su derecho, por no decir su deber.

Otros muchachos también se dejaban ver por las tardes después del colegio y a lo largo de todo el día los sábados y domingos. Luchaban en el montón de rocas. Con paso seguro, temerarios e imprudentes, jugaban a perseguirse y agarrarse en la cima, de donde a veces desaparecían al caer por el otro lado en una confusión de polvo y gritos y piernas bocarriba.

—No sé cómo no se matan —decía su madre, que a veces los observaba desde la escalera de incendios—. A vosotros ni se os ocurra acercaros, ¿me oís, niños?

Aunque usaba el plural, a quien miraba era a Roy, sentado junto a John en la escalera de incendios.

—Sabe Dios —continuaba— que no quiero que volváis a casa sangrando como gorrinos cada día que el Señor tenga a bien concedernos.

Roy se movía impaciente y seguía observando la calle, como si con la mirada pudiera hacer que le crecieran alas. John

no decía nada. En realidad aquello no iba con él: tenía miedo del montón de rocas y de los otros niños que jugaban allí.

Cada sábado por la mañana John y Roy se sentaban en la escalera de incendios y miraban la calle prohibida. A veces su madre se sentaba detrás de ellos, en la habitación, y cosía, vestía a su hermana pequeña o arrullaba a Paul, el bebé. El sol caía a plomo sobre ellos y sobre la escalera de incendios con una indiferencia altiva y benévola; en la calle, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, pecadores todos, no hacían más que perder el tiempo; a veces pasaba uno de los miembros de la iglesia y al verlos los saludaba con la mano. Entonces, desde el mismo momento en que le devolvían respetuosamente el saludo, se sentían intimidados. Se quedaban mirando al santo,\* hombre o mujer, hasta que lo perdían de vista. El paso de uno de aquellos redimidos les hacía plantearse, aunque fuera vagamente, la maldad de la calle, su propia maldad latente por pasarse el día sentados donde estaban; y les hacía pensar en su padre, que regresaba pronto a casa los sábados y que no tardaría en aparecer dando la vuelta a la esquina y en entrar en el oscuro portal.

Pero hasta que llegara para poner coto a su libertad, podían seguir allí, soñando despiertos y mirando la calle. En el extremo que quedaba más cerca de su casa estaba el puente que cruzaba el río Harlem y llevaba a una ciudad que llamaban el Bronx; allí era donde vivía la tía Florence. Sin embargo, siempre que la veían llegar no lo hacía desde el puente, sino desde el lado opuesto. La explicación, poco convincente según los niños, era que había tomado el metro porque no le apetecía caminar y que, además, no vivía en aquella parte del Bronx. Puesto que sabían que el Bronx estaba en la otra orilla del río, nunca se habían creído aquella historia pero, adoptando con

\* En el pentecostalismo, miembro de la congregación que ya se ha salvado y ha sido santificado por el Espíritu Santo; en términos amplios, designa a un fiel de esa Iglesia, en oposición a los «pecadores», que no forman parte de la comunidad. [Todas las notas son del traductor]

ella la actitud de su propio padre, asumían que acabaría de salir de algún lugar pecaminoso que no se atrevía a nombrar, como por ejemplo una sala de cine.

En verano los muchachos nadaban en el río, se zambullían desde el embarcadero de madera o se metían en el agua desde la orilla repleta de basura. Una vez un muchacho llamado Richard se había ahogado en el río. Su madre no sabía dónde estaba; había incluso venido a su casa a preguntar si estaba allí. Luego, al atardecer, a las seis en punto, oyeron a una mujer gritar y gemir en la calle; corrieron a asomarse a las ventanas. Por la calle venía la mujer, la madre de Richard, gritando, el rostro lleno de lágrimas y mirando al cielo. Otra mujer la acompañaba tratando de tranquilizarla y sostenerla. Tras ellas iba un hombre, el padre de Richard, con el cuerpo de Richard en brazos. Dos policías blancos caminaban junto al bordillo sin saber qué hacer. El padre de Richard y Richard estaban empapados, y el cuerpo del niño colgaba de los brazos de su padre como un muñeco de trapo. Los gritos de la mujer llenaban toda la calle; los coches aminoraban la velocidad y sus ocupantes se quedaban mirando; la gente abría las ventanas y se asomaba o salía a toda prisa por las puertas para quedarse en la acera a observar. Luego la pequeña procesión desapareció dentro de la casa que estaba junto al montón de rocas. Entonces Elizabeth, su madre, gritó: «¡Señor, Señor, Señor!», y cerró la ventana de golpe.

Un sábado, una hora antes de que su padre volviera a casa, Roy se hizo daño en el montón de rocas y tuvieron que subirlo por las escaleras mientras no dejaba de gritar. Él y John habían estado sentados en la escalera de incendios y su madre había ido a la cocina a tomarse un té con la hermana McCandless. Roy se aburría cada vez más y guardaba un silencio inquieto junto a John; John se puso a dibujar en su cuaderno del colegio un anuncio de periódico en el que salía una nueva locomotora eléctrica. Algunos amigos de Roy pasaron bajo la escalera de incendios y lo llamaron. Roy empezó a retorcerse, nervioso, y les gritó a través de los barrotes. Luego se hizo el silencio. John alzó la vista. Roy lo estaba mirando.

—Voy a bajar —dijo.

—Mejor quédate donde estás. Sabes que mamá no quiere que bajes.

—Volveré enseguida. No se va a enterar de que me he ido a no ser que vayas y se lo digas.

—No voy a decírselo. Pero ¿y si le da por venir aquí y asomarse a la ventana?

—Está de palique —dijo Roy, y entró a toda prisa en casa.

—¡Pero papá llegará pronto a casa!

—Volveré antes que él. ¿Por qué tienes que ser siempre tan cagueta?

Ya había entrado en casa y entonces se giró, apoyándose en el alféizar, para prometer impaciente:

—Vuelvo en cinco minutos.

John lo miró con cara de pocos amigos mientras Roy abría con cuidado la puerta principal y desaparecía. Enseguida lo vio en la acera con los otros niños. No se atrevió a ir a contarle a su madre que Roy ya no estaba en la escalera de incendios porque prácticamente había prometido no hacerlo. Iba a gritar «¡Acuérdate de que dijiste cinco minutos!», pero uno de los amigos de Roy estaba mirando hacia la escalera de incendios. John hundió la vista en su cuaderno del colegio y volvió a enfrascarse en el asunto de la locomotora.

Cuando volvió a levantar la vista no sabía cuánto tiempo había pasado, pero ahora había una pelea de pandillas en el montón de rocas. Docenas de muchachos se peleaban bajo el sol abrasador: trepaban por las rocas y luchaban mano a mano, los zapatos desgastados patinaban por la roca resbaladiza; llenaban el aire de insultos y gritos de júbilo. También llenaban el aire de armas arrojadas: piedras, palos, latas, basura, cualquier cosa que pudieran recoger del suelo y lanzar. John los miró con una suerte de admiración distraída, hasta que recordó que Roy seguía allí abajo y que era uno de los muchachos en el montón de rocas. Entonces se asustó; no lograba distinguir a su hermano entre aquellas figuras al sol; se levantó para apoyarse sobre la barandilla de la escalera de incendios.

Entonces Roy apareció al otro lado de las rocas; John vio que tenía la camisa rasgada, se reía. Siguió avanzando hasta alcanzar la cima del montón de rocas. Entonces algo, una lata vacía, cruzó el aire y lo golpeó en la frente, justo encima de un ojo. De inmediato la sangre corrió por un lado de la cara de Roy, que cayó y resbaló cabeza abajo por las rocas. Durante un instante no hubo ningún movimiento, ningún sonido; el sol, inmóvil, iluminaba la calle y la acera y a los muchachos igualmente inmóviles. Luego alguien chilló; hubo una desbandada de muchachos a lo largo de la calle, hacia el puente. La figura en el suelo, una vez recuperado el aliento y comprobado que la sangre era suya, soltó un alarido. John gritó: «¡Mamá, mamá!», y entró corriendo en casa.

—Tú tranquila, tú tranquila —decía con voz entrecortada la hermana McCandless mientras bajaban a toda prisa las oscuras, estrechas y temblorosas escaleras—. Tú tranquila. ¡No hay muchacho que no se lleve un golpe de vez en cuando! ¡Señor!

Salieron al sol. Un hombre había recogido a Roy y caminaba lentamente hacia ellas. En algunas escalinatas un chiquillo o dos estaban sentados en silencio; a ambos extremos de la calle había un grupo de muchachos mirando.

—No es demasiado grave —dijo el hombre—. No armaría este escándalo si se hubiera hecho daño de verdad.

Elizabeth, temblando, hizo amago de querer cargar con Roy, pero la hermana McCandless, más grande, más calmada, se apresuró a recogerlo de los brazos del hombre y se lo echó al hombro como en su día podría haberse echado un saco de algodón.

—Dios lo bendiga —le dijo al hombre—. Dios lo bendiga, hijo.

Roy seguía chillando. Elizabeth se colocó tras la hermana McCandless para examinarle el rostro ensangrentado.

—Es solo una herida superficial —seguía diciendo el hombre—, nada más que un raspón, solo eso.

Avanzaban por la acera en dirección a casa. John, que ya no tenía miedo de los muchachos que miraban, miró hacia la esquina para ver si aparecía su padre.

Una vez en casa trataron de calmar el llanto de Roy. Le limpiaron la sangre y encontraron, justo sobre la ceja izquierda, el corte superficial.

—Señor, ten piedad. Un centímetro más y le habría dado en el ojo —murmuró Elizabeth. Y miró con aprensión el reloj.

—Y tanto que sí —dijo la hermana McCandless, ocupada con las vendas y el yodo.

—¿Cuándo bajó? —preguntó al fin su madre.

La hermana McCandless ahora se dedicaba a abanicarse, sentada en el sillón junto a la cabecera del sofá en el que estaba tendido Roy, arropado y en silencio. Dejó de abanicarse un momento para mirar fijamente a John, que estaba cerca de la ventana, sujetando el anuncio del periódico y el dibujo que había hecho.

—Estaba sentado en la escalera de incendios —dijo—. Unos muchachos que conoce lo llamaron.

—¿Cuándo?

—Dijo que volvería en cinco minutos.

—¿Por qué no me dijiste que había bajado?

Se miró las manos, con las que sujetaba con fuerza el cuaderno, y no respondió.

—Muchacho —dijo la hermana McCandless—, ¿no oyes lo que te ha preguntado tu madre?

John miró a su madre. Repitió:

—Dijo que volvería en cinco minutos.

—Dijo que volvería en cinco minutos —repitió la hermana McCandless con retintín—. No me mires como si eso fuera una respuesta. Tú eres el hombre de la casa, tendrías que cuidar de tus hermanos y hermanas, no dejarlos salir corriendo y que casi se maten. Pero espero —añadió levantándose de la silla y soltando el abanico de cartón— que tu papá te obligue a decir la verdad. Tu mamáita es demasiado blanda contigo.

Él no la miraba a ella, sino al abanico sobre el hundido asiento de color rojo oscuro del que acababa de levantarse. En el abanico había un anuncio de cera para el pelo y en él salía una mujer morena con su bebé, ambos con el pelo reluciente, sonriéndose felices.

—Querida —dijo la hermana McCandless—, tengo que irme. Quizás me pase luego más tarde. Porque me imagino que no irás al oficio de inspiración divina de esta noche.

El oficio de inspiración divina era la oración comunitaria que todos los sábados por la noche se celebraba en la iglesia para fortalecer la fe y preparar el templo para la venida del Espíritu Santo el domingo.

—Supongo que no —dijo Elizabeth. Se levantó; ella y la hermana McCandless se dieron un beso en la mejilla—. Pero acuérdate de mí en tus oraciones.

—Lo haré, no te preocupes —se detuvo con la mano en el picaporte, miró a Roy y se rio—. Pobrecito —dijo—. Me parece que de ahora en adelante se conformará con quedarse sentado en la escalera de incendios.

Elizabeth se rio también.

—Seguro que le sirve de lección. No le quedará una cicatriz, ¿no? —preguntó nerviosa sin dejar de sonreír.

—Dios mío, no —dijo la hermana McCandless—, no es más que un raspón. Hermana Grimes, la verdad es que eres peor que un niño. Un par de semanas y no verás cicatriz alguna. No, tú sigue con tus tareas de casa, querida, y agradece al Señor que no saliera peor parado.

Abrió la puerta; oyeron el ruido de unos pasos en las escaleras.

—Me imagino que será el reverendo —dijo la hermana McCandless con calma—, seguro que monta una buena.

—A lo mejor es Florence —dijo Elizabeth—. A veces llega sobre esta hora.

Se quedaron en el umbral, con la mirada perdida, mientras los pasos llegaban al rellano de abajo y comenzaban a subir a su piso.

—No —dijo Elizabeth entonces—, esos no son sus pasos. Es Gabriel.

—Pues iré bajando —dijo la hermana McCandless—, a ver si lo voy poniendo en situación.

Apretó la mano de Elizabeth mientras lo decía, salió al rellano y dejó la puerta entreabierta. Elizabeth volvió lentamente

a la habitación. Roy no abrió los ojos ni se movió; pero ella sabía que no estaba dormido; solo quería retrasar hasta el último momento posible cualquier contacto con su padre. John dejó el periódico y el cuaderno sobre la mesa y se quedó apoyado en ella, mirando a su madre.

—No fue culpa mía —dijo—. Es que no pude pararlo.

—No —dijo ella—, tú no te preocupes. Basta con que le digas la verdad a papá.

La miró a los ojos y ella se acercó a la ventana para asomarse a la calle. ¿Qué estaría diciendo la hermana McCandless? Entonces desde el dormitorio oyó el lloriqueo de Delilah y se volvió, frunciendo el ceño, hacia el dormitorio y la puerta aún entreabierta. Era consciente de que John la estaba mirando. Delilah seguía lloriqueando; pensó enfadada: «Esta niña ya es demasiado mayor para estas cosas», pero temió que Delilah despertara a Paul y fue corriendo al dormitorio. Trató de calmar a Delilah para que volviera a dormirse. Luego oyó que la puerta de entrada se abría y se cerraba —con demasiado ruido—, Delilah lloró más fuerte, y con un suspiro exasperado Elizabeth tomó a la niña en brazos. Su niña y la de Gabriel, sus niños y los de Gabriel: Roy, Delilah, Paul. Solo John carecía de apellido, un testimonio extraño, vivo e imborrable de los días en que había vivido en pecado.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Gabriel.

Se alzaba, enorme, en el centro de la habitación, con la fiambarrera negra en una mano, mirando al sofá donde estaba tendido Roy. John estaba delante de él, aunque a ella le pareció ver, con sus ojos atónitos, que más bien estaba debajo, bajo su puño y sus pesados zapatos. El niño miraba al hombre con fascinación y terror; de niña, en casa, había visto a los conejos igual de paralizados frente a los ladridos del perro. Pasó deprisa junto a Gabriel para llegar hasta el sofá, sintiendo el peso de Delilah en los brazos como el peso de un escudo, y se quedó junto a Roy para decir:

—Mira, no hace falta enfadarse, Gabriel. El chico se escapó a la calle cuando yo no miraba y se hizo daño. Ya se le pasó.

Roy, como para confirmarlo, abrió los ojos y miró con seriedad a su padre. Gabriel dejó caer su fiamblera con estrépito y se arrodilló junto al sofá.

—¿Cómo estás, hijo? Dile a papá qué ha pasado.

Roy abrió la boca para hablar y entonces, de nuevo presa del pánico, se puso a llorar. Su padre lo sujetó por un hombro.

—No llores. Eres el hombrecito de papá. Dile a papá qué ha pasado.

—Bajó a la calle —dijo Elizabeth—, a donde nadie le había mandado bajar, y se puso a pelear con los pilluelos del barrio que juegan en ese montón de rocas. Eso es lo que pasó y es un milagro que no pasara nada peor.

Él levantó la vista y la miró.

—¿Por qué no dejas que el chico me conteste?

Sin hacerle caso, ella añadió con más suavidad:

—Se hizo un corte en la frente, pero no es nada de lo que preocuparse.

—¿Llamaste a un médico? ¿Cómo sabes que no es nada de lo que preocuparse?

—¿Es que te sobra el dinero como para andar tirándolo en médicos? No, no llamé a un médico. Tengo la vista perfectamente y sé de sobra si se ha hecho daño de verdad o no. Se llevó más un susto que otra cosa, y deberías rogar a Dios que le sirva de lección.

—Bien habladora que estás ahora —dijo—, pero luego me tocará hablar a mí. Voy a querer saber cuándo pasó todo esto, y en dónde tenías puesta la vista entonces.

Se volvió hacia Roy, que seguía acostado, sollozando con los ojos abiertos de par en par y el cuerpo rígido; y que ahora, al sentir la mano de su padre, recordó la altura, la roca afilada y resbaladiza bajo sus pies, el sol, el estallido del sol, la caída en la oscuridad y la sangre salada; y se apartó y se puso a chillar cuando su padre le tocó la frente.

—Quieto, quieto —canturreó su padre con voz temblorosa—, quieto. No llores. Papá no te va a hacer daño, solo quiere verte la venda, ver qué le han hecho a su hombrecito.

Pero Roy no dejaba de chillar y se negaba a quedarse quieto y Gabriel no se atrevió a levantar la venda por miedo a hacerle más daño. Y miró a Elizabeth con furia:

—¿No puedes soltar a esa cría y ayudarme con el muchacho? John, hazte cargo de tu hermana pequeña; no os quedéis ahí mirando como si ninguno de los dos tuviera un mínimo de sentido común.

John tomó a Delilah en brazos y se sentó con ella en el sillón. Su madre se inclinó sobre Roy y lo sujetó, mientras su padre, con cuidado —aunque Roy seguía chillando—, le levantaba la venda y observaba la herida. Los sollozos de Roy empezaron a atenuarse. Gabriel volvió a ajustar la venda.

—¿Ves? —dijo Elizabeth al fin—, no es que esté muerto precisamente.

—Y no es gracias a ti precisamente que no esté muerto. —Él y Elizabeth se quedaron mirando un momento sin decir nada—. Por poco no ha perdido un ojo. Por supuesto, sus ojos no son tan grandes como los tuyos, así que supongo que te parecerá que no tiene demasiada importancia. —Al oír esto, el gesto de ella se endureció; él sonrió—. Dios me valga —exclamó—, ¿piensas aprender algún día a hacer las cosas como se debe? ¿Dónde estabas cuando pasó todo esto? ¿Quién le dio permiso para bajar?

—Nadie le dio permiso, bajó porque quiso. Es tan duro de mollera como su padre, hay que rompérsela antes de que ceda. Estaba en la cocina.

—¿Dónde estaba Johnnie?

—Estaba aquí.

—¿Dónde?

—En la escalera de incendios.

—¿Y no sabía que Roy había bajado a la calle?

—Supongo que no.

—¿Qué quieres decir con «supongo»? No ha heredado tus grandes ojos para nada, ¿no? —Entonces miró a John—. Mucho, ¿viste a tu hermano bajar a la calle?

—Gabriel, no tiene sentido echarle la culpa a Johnnie. Sabes de sobra que si a ti te cuesta que Roy se porte bien, mucho

menos va a hacer caso a su hermano. Ni siquiera a mí me escucha.

—¿Por qué no le dijiste a tu madre que Roy había bajado a la calle?

John no dijo nada; se quedó mirando fijamente la mantita que cubría a Delilah.

—Muchacho, ¿me oyes? ¿Quieres que me saque el cinturón?

—Ni se te ocurra —dijo ella—. Ni se te ocurra castigar al muchacho, no hoy, eso ya te lo digo yo. Nadie tiene la culpa de que Roy esté así, y en todo caso la tendrás tú... tú, porque lo has malcriado tanto que se piensa que puede hacer lo que quiera e irse de rositas. Ya te digo yo que esa no es manera de educar a un niño. Ya puedes pedirle al Señor que te ayude a hacerlo mejor que hasta ahora o llegará el día en que te tocará llorar de lo lindo porque el Señor no se lo llevara hoy.

Estaba temblando. Mirando sin ver, se acercó a John y le quitó a Delilah de los brazos. Se giró hacia Gabriel, que se había levantado y estaba junto al sofá con los ojos clavados en ella. Y descubrió en su rostro no solamente furia, cosa que no la habría sorprendido, sino un odio tan profundo que resultaba insoportable de lo poco personal que era. Sus ojos se habían iluminado de repente, inmóviles, ciegos de rencor; ella sintió, como el peso de la tierra bajo sus pies, que anhelaba ser testigo de su perdición. De nuevo, como en un intento de conciliación, acunó a la niña en sus brazos. En ese momento los ojos de él cambiaron y vio a Elizabeth, la madre de sus hijos, la compañera que el Señor había puesto en su vida. Entonces los ojos de ella se empañaron; se dispuso a salir de la habitación; con un pie le dio sin querer a la fiambarrera que yacía el suelo.

—John —dijo—, sé buen chico y recoge la fiambarrera de tu padre.

Oyó, detrás de ella, el movimiento apresurado de su hijo al levantarse del sillón, el roce y el tintineo de la fiambarrera según la recogía, inclinando la oscura cabeza cerca de la puntera del pesado zapato de su padre.



## LA EXCURSIÓN

Cada verano la iglesia organizaba una excursión. Normalmente tenía lugar el Cuatro de Julio, día en que la mayoría de los feligreses no trabajaba; comenzaba bastante temprano por la mañana y duraba todo el día. Los santos se referían a ella como la excursión de «quien así lo quiera», con lo que daban a entender que, aunque era la Asamblea Pentecostal del Monte de los Olivos quien la organizaba para provecho de sus miembros, podía acudir cualquiera: paganos, judíos, ortodoxos y pecadores. Año tras año, los judíos y los ortodoxos, por no hablar de los paganos —de quienes, para ganarse la vida, dependían casi todos los santos—, se mostraban indiferentes a la invitación, pero rara vez faltaban pecadores de la facción más previsible. Aquel año el plan era hacer una travesía en barco remontando el Hudson para llegar a Bear Mountain, donde pasarían el día hasta que fuera la hora de regresar, una vez que la luna empezara a asomar sobre el caudaloso río. Puesto que en otras excursiones simplemente habían tomado el metro hasta Pelham Bay o Van Cortland Park, la excursión de este año era más que nunca un verdadero acontecimiento, y hasta los hijos mayores del diácono, Johnnie y Roy, y su amigo, David Jackson, estaban entusiasmados por mucho que les costara admitirlo. Los tres se tenían por jóvenes modernos que ya no estaban, a diferencia de los adultos, a merced del amor o la ira de Dios.

La iglesia entera pensaba acudir, y durante las semanas previas no se hablaba de otra cosa. Y durante las semanas posteriores la excursión brindaría interesantes conversaciones. No la consideraban una frivolidad. La excursión, declaró el padre James desde el púlpito una semana antes del día

señalado, tenía como objetivo ofrecer a los hijos de Dios un día de descanso; la posibilidad de respirar aire puro y de adorar a Dios gozosamente bajo la cúpula del cielo; y eso no tenía nada de frívolo. Además, y para inquietud del capitán, habían planeado celebrar oficios religiosos a bordo del barco. El año anterior la hermana McCandless había celebrado un improvisado oficio en medio del incrédulo vagón de metro; se había puesto a tocar la pandereta, a cantar, a reprender a los pecadores y a recorrer el tren repartiendo octavillas. No a todos les pareció digno de admiración: hubo quien pensó que la hermana McCandless lo había hecho para lucirse.

«Yo alabo a mi Salvador allá donde voy —replicó desafiante—. El Espíritu Santo no me abandona cuando salgo de la iglesia. Mi religión la practico a diario».

El cumpleaños de Sylvia era el día 3, y David, Johnnie y Roy habían estado ahorrando dinero para comprarle un regalo. Entre los tres habían reunido cinco dólares pero no lograban decidir en qué gastárselos. La sugerencia de Roy de que le regalaran ropa interior fue abucheada de inmediato: ¿acaso pretendía que la madre de Sylvia asesinara a la muchacha? Todos le tenían miedo a la enorme, huesuda y deslenguada hermana Daniels, y por el bien de Sylvia se cuidaban de no hacerle perder el poco buen humor que le quedaba. Al final, a sugerencia de Lorraine, la hermana mayor de David, compraron un broche chapado en oro con forma de mariposa. Roy pensó que era una baratija y refunfuñó ante el mal gusto de los demás («¡Ya veréis cuando le ponga la ropa verde!», se quejó), pero David no pensaba que estuviera tan mal; Johnny creía que era bastante bonito y estaba seguro de que a Sylvia le gustaría; («¿Cuándo es tu cumpleaños?», le preguntó a David). Acordaron que fuera David quien se lo diera el día de la excursión en presencia de los tres. («Para algo soy el mayor —dijo David—. Y además esa chica anda loquita por mí»). Aquel verano todos se habían hecho mayores de golpe, sus cuerpos empezaban a resultar un engorro, una complicación e incluso un peligro, y no podían fiarse de sus voces. David no dejaba de alardear de

la pelusa que le crecía en la barbilla y se preciaba de tener pelo en el pecho; «y en otros sitios», añadió con picardía, haciendo reír a todos.

«No eres el único», dijo Roy.

«No —dijo Johnnie—, yo soy casi tan mayor como tú».

«Si casi ni tienes», dijo David.

«Pero ¿os parece una conversación para unos monaguillos?», quiso saber Roy.

La mañana de la excursión todos se levantaron temprano; su padre cantaba en la cocina y su madre, dejando entrever un entusiasmo casi juvenil, lavaba y vestía a los más pequeños y ponía la mesa para el desayuno. En el dormitorio que compartían, Roy se asomó con melancolía a la ventana y se volvió hacia Johnnie.

—Casi me apetece más quedarme en casa —dijo—. Probablemente me lo pasaría mejor. —Hizo un gesto furioso hacia la cocina—. ¿Por qué no se queda él en casa?

Johnnie, que tenía muchas ganas de pasar el día con David y que no tenía ni el más mínimo deseo de quedarse en casa bajo ningún concepto y que sabía, además, que Gabriel no iba a dejar a Roy solo en la ciudad, así se derrumbaran los cielos sobre su cabeza, dijo sin darle importancia mientras se retorcía para enfundarse una muda limpia:

—Anda, seguro que estará ocupado con los mayores. Ya verás como lo esquivamos.

Roy suspiró y empezó a vestirse.

—Que ganas tengo de hacerme mayor —dijo.

Lorraine, David y la señora Jackson estaban ya en el barco cuando llegaron. Eran de los últimos; la mayor parte de la congregación, el padre James, el hermano Elisha, la hermana McCandless, la hermana Daniels y Sylvia estaban sentados junto a la baranda del barco, formando un semicírculo y charlando en tono estridente. El padre James y la hermana McCandless comentaban la creciente dejadez de los fieles y debatían sobre si la iglesia debía o no organizar una serie de encuentros para reavivar la fe. Sylvia estaba allí sentada, sin decir nada,

dedicándole una sonrisa forzada de vez en cuando al joven hermano Elisha, que hablaba a voz en grito sobre la necesidad de tales encuentros y se esforzaba continuamente en incluir a Sylvia en la conversación. En otras partes del barco charlaban de cosas por el estilo. Los santos de Dios estaban reunidos y eran muy conscientes aquella mañana del hecho de estar reunidos y de su santidad; se habían propuesto que el mundo menos iluminado supiera quiénes eran y hacerse notar. Con ese fin proferían gritos de «¡Alabado sea el Señor!» al saludarse y darse el formal beso piadoso. Los niños, aburridos del espectáculo habitual, ya se habían hecho a un lado y se entretenían jugando a grito pelado en un alarde de exhibicionismo no menor que el de sus padres. La hermana de Johnnie, Lois, que tenía nueve años, se preciaba de haber sido salvada y por tanto no podía comportarse igual que los demás niños, pero ningún grado de salvación podía haberla preparado para participar en la conversación de los adultos; los adolescentes le tenían especial antipatía y tampoco podía unirse a ellos. De modo que se dedicaba a ir de aquí para allá, olvidada a su pesar, contentándose hasta cierto punto con hacer gala de virtud al encontrarse con los niños no salvados y sonriéndoles de oreja a oreja a los adultos. Se acercó al hermano Elisha.

—Alabado sea el Señor —exclamó él acariciándole la cabeza, tras lo cual prosiguió con la conversación.

Lorraine y la señora Jackson no conocían a la madre de Johnnie; la primera vez que la vieron fue cuando subió sin aliento a bordo, vestida de un azul etéreo e irreal que Johnnie siempre asociaría con los primeros recuerdos que conservaba de ella. El hermano pequeño de Johnnie, el menor y más feliz de sus hijos, iba aferrado a su cuello; lo dejó en el suelo, desde el que miró asombrado la cubierta extraña e interminable, mientras ella se presentaba. En todos los actos sociales su madre daba la impresión de estar temerosamente distraída, como si esperara que en cualquier momento se produjera algún desastre devastador e irremediable. Este desastre podía ser tanto encontrarse de repente una carrera en las medias

como tener la íntima certeza de que las trompetas del juicio iban a sonar en cinco minutos; fuera lo que fuera, le otorgaba cierto encanto nervioso, y la gente, intrigada por qué podía ser lo que reclamaba su atención interior, siempre acababa seducida en el proceso. Habló con Lorraine y la señora Jackson un momento, mientras el niño no dejaba de tirarle de la falda y Johnnie la miraba sonriendo; al fin, con el niño cada vez más inquieto, dijo que debía marcharse —hacia qué cruel escenario uno ni se atrevía a imaginarlo— pero que esperaba, al tiempo que esbozaba una sonrisa desconsolada que claramente indicaba lo improbable de tal feliz ocasión, volver a verlas luego. Se quedaron mirándola mientras se alejaba lentamente hacia el otro extremo del barco, a veces deteniéndose a charlar, siempre (como si se tratara de un deber) sonriendo un poco y echando de vez en cuando un vistazo a Lois, que seguía sentada a los pies del hermano Elisha.

—Es muy simpática —dijo la señora Jackson—. Se parece a ti, Johnnie.

David se rio.

—¿Cómo se te ocurre decir eso, mamá? Ni que te hubiera hecho algo esa mujer.

Johnnie sonrió avergonzado y fingió amenazar a David con los puños.

—No hagas caso al adefesio de mi hijo —dijo Lorraine—. Solo intenta hacerte sentir mal. Tu madre es muy guapa. Díselo de mi parte.

Esto lo avergonzó todavía más, pero hizo un amago de reverencia y dijo:

—Gracias, hermana. —Y a David—: Igual así aprendes a callar la boca.

—¿Quién tiene que aprender a callar la boca? ¿Qué maneras de hablar son esas?

Se volvió y se encontró con su padre, que les sonreía desde lo alto.

—Señora Jackson, le presento a mi padre —se apresuró a decir Roy—. Y ella es la señorita Jackson. A David ya lo conoces.